



El problema del mundo externo en Descartes

Imix López Ortiz
Universidad Autónoma de Chiapas
imixpunto@gmail.com

Resumen

En este escrito se plantean los tres argumentos principales que Descartes considera necesarios en las *Meditaciones Metafísicas* para lograr obtener palabras que respondan a una de las preguntas que más ha atormentado a los pensadores a lo largo de la historia: ¿existe la certeza? El camino que Descartes decide tomar brinda una nueva visión del escepticismo a su época: usarlo de manera metódica. Después de publicada su obra, el francés ha recibido muy diversas críticas, defensas, e interpretaciones. Para complementar éstas páginas además del escrito del propio René D. se utilizan las interpretaciones que Bernard Williams y Barry Stroud dan a su obra.

152

Abstract

In this paper the three main arguments that Descartes considers necessary in the *Metaphysical Meditations* to obtain words that respond to one of the questions that has more tormented to the thinkers throughout the history: is there certainty? The path that Descartes decides to take offers a new vision of skepticism to his time: to use it in a methodical way. After publishing his work, the Frenchman has received many different critiques, defenses, and interpretations. To complement these pages besides the writing of the own Rene D. uses the interpretations that Bernard Williams and Barry Stroud give to its work.



Palabras clave: escepticismo, duda metódica, método cartesiano.

Key words: Scepticism, methodical doubt, Cartesian method

Introducción

Dentro de la literatura filosófica en torno al escepticismo, es célebre el escepticismo cartesiano planteado en las *Meditaciones Metafísicas* escritas por René Descartes como vía para descubrir la certeza. En el presente escrito se intenta hacer un análisis de las características de este planteamiento y de su uso metódico como herramienta para descubrir certeza, entendida ésta última como condición necesaria del conocimiento.

Se comienza haciendo un análisis de los argumentos escépticos que Descartes plantea en las dos primeras meditaciones, los cuales son: el argumento sobre la falibilidad de los sentidos, la distinción entre el sueño y la vigilia, y el argumento del genio maligno. Se acompaña el análisis mencionado, con las perspectivas de Barry Stroud en *El escepticismo filosófico y su significación* (1991) y de Bernard Williams en *El proyecto de la investigación pura: Descartes* (1996).

El camino que el francés sigue en las *Meditaciones Metafísicas* es un tipo singular de escepticismo, uno de los elementos que lo distingue de otros tipos de escepticismo es el propósito que posee dentro del discurso cartesiano, este objetivo no es ni probar que nada es verdadero, ni probar que no existe el conocimiento, es poner en duda las creencias, para conforme avanza en el camino, descubrir si existe certeza en algo. En este sentido, el escepticismo cartesiano no es negativo, es decir, no pone bajo cuestionamiento cualquier creencia, sino que tiene una utilidad



positiva: descubrir aquello de lo cual tenemos certeza y no simplemente como negación de la existencia de la verdad o del conocimiento.

Descartes también utiliza al escepticismo de manera metódica, es decir que nuestro autor no usa una estrategia inductiva cuestionando individualmente cada una de las creencias que asumimos poseen certeza, sino que comienza por atacar el fundamento o los cimientos de la mayoría de lo que nosotros consideramos como certero para poder cuestionar así la totalidad de nuestras creencias.

Primer argumento cartesiano

El primer argumento cartesiano cuestiona a los sentidos como fuente de la mayoría de nuestros conocimientos. El razonamiento enuncia más o menos lo siguiente: si la mayoría de nuestros conocimientos se originan en nuestros sentidos, y nuestros sentidos no son una buena herramienta para obtener sólo creencias verdaderas, pues en ocasiones nos engañan, entonces la mayoría de nuestros supuestos conocimientos pueden ser cuestionados. Los sentidos pueden engañar y el método cartesiano busca evitar cualquier tipo de error. Para que la posibilidad de caer en algún error disminuya, sería mejor no fiarse de los sentidos.

Todo lo que hasta ahora he admitido como absolutamente cierto lo he percibido de los sentidos o por los sentidos; he descubierto, sin embargo, que éstos engañan de vez en cuando y es prudente no confiar nunca en aquellos que nos han engañado aunque sólo haya sido por una sola vez. (Descartes, 1999, pág. 31).

En este punto comienza el planteamiento de lo que se conoce como “duda metódica”, pues Descartes busca la forma de cuestionar la certeza de todo para



poder llegar a la verdad. No afirma que todo lo que percibamos sea falso, sino que en ocasiones, podemos juzgar algunas percepciones más apropiadamente dependiendo de las condiciones del lugar en el que nos encontremos o las características del objeto, por ejemplo, que las cosas que observamos se encuentran lejanas o cómo puede afectar la iluminación al nosotros percibir algún objeto. Barry Stroud afirma, al igual que Descartes, que en ocasiones llamamos conocimiento a una creencia falsa o mal fundamentada:

El propio interés de Descartes en qué sabe y en cómo es que lo sabe, es parte de su búsqueda de lo que llama un método general para “conducir correctamente la razón e indagar la verdad en las ciencias”. Busca un método de investigación del que él pueda estar seguro de antemano que lo llevará solamente a la verdad si lo sigue adecuadamente. (Stroud, 1991, pág. 17).

Descartes afirma que la tarea de pretender evaluar cada una de las creencias que posee de manera individual sería infinita y sumamente tediosa. Stroud comparte con Descartes esta última postura mencionada debido a que los conocimientos que un hombre puede poseer son de gran vastedad y abarcan muchos temas. Lo que propone Descartes, y Stroud secunda, es poner en duda el medio por el cual las creencias fueron obtenidas, es decir, los sentidos: “Una forma de hacerlo sería buscar las fuentes, canales, o bases comunes de nuestras creencias y pasar entonces a examinar la fiabilidad de esas fuentes o bases” (Stroud, 1991, pág. 18).

Bernard Williams considera que parte fundamental del método se encuentra en las reglas que Descartes enuncia en el *Discurso del Método*, las cuales son mencionadas en seguida de forma breve: 1. No aceptar como verdadero algo que no sea claro. 2. Dividir las dificultades en la mayor cantidad de partes posibles



- para ampliar el rango de estudio. 3. Ordenar las reflexiones de manera ascendente.
4. Hacer revisiones generales del problema.

En las *Regulae*, Descartes menciona que solamente se debe confiar en las cosas de las que se tenga total certeza y rechazar todo aquello de lo que se pueda dudar. Según Bernard Williams, lo que esta regla quiere decir es que los problemas básicos pueden ser los de mayor importancia y que si esta regla se aplica de forma suficientemente radical puede brindar las bases para criticar cualquier conocimiento.

Son estas reglas y éstas características de la “duda metódica” que vemos aplicadas en el primer argumento, esto podría entenderse como la perspectiva cartesiana sobre la naturaleza de la investigación filosófica al ser ésta para Descartes diferente a otros tipos de investigación, pues es radical, el filósofo busca llegar a su objetivo (la verdad), partiendo desde las bases.

Segundo argumento cartesiano

El segundo argumento sigue la misma estrategia, encontrar una forma de cuestionar todas nuestras creencias. Esa forma de duda la encuentra Descartes en la distinción entre el sueño y la vigilia, si no podemos marcar la diferencia entre soñar algo y vivir algo en el momento en el que sucede, entonces no podemos tener certeza de ninguna creencia porque algunas de ellas, las que formamos en nuestros sueños, son obtenidas a partir de circunstancias poco coherentes. Una vez más, este argumento no concluye que todo es falso, sino que todo puede ser cuestionado. Descartes afirma que es imposible poder discernir entre el sueño y la vigilia pues las experiencias aparentemente percibidas en el sueño son creaciones de la



imaginación y sin embargo, pueden sentirse como reales. Con este nuevo ejemplo, Descartes se percata de que la imposibilidad de no saber cuándo está soñando, y cuándo está despierto, pone en tela de juicio la verdad de la mayoría de nuestras creencias.

¡Cuán frecuentemente me hace creer el reposo nocturno lo más trivial, como por ejemplo, que estoy aquí, que llevo puesto un traje, que estoy sentado junto al fuego, cuando en realidad estoy echado en mi cama después de desnudarme! Pero ahora veo ese papel con los ojos abiertos, y no está adormilada esta cabeza que muevo, y consiente y sensible extendiendo mi mano, puesto que un hombre dormido no lo experimentaría con tanta claridad; como si no me acordase de que he sido ya otras veces engañado en sueños por los mismos pensamientos. Cuando doy más vueltas a la cuestión veo sin duda alguna que estar despierto no se distingue con indicio seguro del estar dormido, y me asombro de manera que el mismo estupor me confirma en la idea de que duermo. (Descartes, 1999, pág. 32).

¿Cómo podrá algún sujeto saber si sus percepciones son verdaderas o si son creaciones de su imaginación, si no puede saber si está dormido o despierto? Descartes no responde esto sino hasta la sexta meditación, más, por el momento, afirma que en ambos estados percibir, y soñar que se percibe, se sienten exactamente igual. Si no existe la posibilidad de discernir entre sueño y vigilia se refuerza la postura de Descartes de dudar de los sentidos, pues ni siquiera sería capaz de saber cuándo en realidad está percibiendo. Lo único que es real, y de lo que no se puede dudar en ninguno de los estados, afirma Descartes, son las verdades aritméticas y geométricas.



[...] la física, la astronomía, la medicina y todas las demás disciplinas que dependen de la consideración de las cosas compuestas, son ciertamente dudosas, mientras que la aritmética, la geometría y otras de este tipo [...] poseen algo cierto e indudable, puesto que, ya esté dormido, ya esté despierto, dos y tres serán cinco y el cuadrado no tendrá más que cuatro lados; y no parece que unas verdades tan obvias incurran en sospecha de falsedad. (Descartes, 1999, pág. 33).

Descartes ya no cree solamente que las percepciones puedan resultar engañosas, sino que ahora se percata de que no puede determinar en qué momento las percepciones son reales y en qué momento son creaciones de la imaginación. El hombre necesita dormir, puede no notar diferencia alguna entre las sensaciones y los productos de la imaginación. No puede saber si duerme o está en vela y, como consecuencia de no saber en qué momento está despierto, tampoco puede saber si lo que percibe realmente está ahí.

Con este pensamiento, si está en lo correcto, Descartes ha perdido el mundo entero. Sabe lo que está experimentando, sabe cómo se le aparecen las cosas, pero no sabe si en efecto está sentado junto al fuego con una hoja de papel en la mano. Para él es exactamente como si estuviera sentado junto al fuego con una hoja de papel en la mano, pero no sabe si realmente están ahí el fuego y la hoja de papel o no; no sabe lo que verdaderamente está sucediendo en el mundo que le rodea. (Stroud, El escepticismo filosófico y su significación, 1991, pág. 23).

Ésta idea hace que Descartes piense en la posibilidad de que el mundo real sea de una manera distinta a la que él cree, pues todo lo que puede saber del mundo lo



obtiene de los sentidos, como estos no son de fiar, entonces es imposible que pueda conocer algo del mundo externo.

Stroud plantea tres preguntas en cuanto a este punto en el método de Descartes, la primera de ellas cuestiona la posibilidad de amenaza que la incapacidad de diferencia entre ambos estados representa al conocimiento del mundo exterior. La respuesta que da a esta pregunta es sí, y nos brinda su argumentación comenzando de esta manera: Si se sueña algo que está sucediendo es imposible saber qué está sucediendo realmente, si en algún momento lo que se sueña y lo que está sucediendo son lo mismo no significa que el hombre tenga algún conocimiento, solamente es coincidencia. A veces, los sueños pueden ser influenciados por el ambiente: “[...] por ejemplo, una ventana que se golpea podría ciertamente provocar que soñara, entre otras cosas, que una ventana se está golpeando” (Stroud, 1991, pág. 25). Para que alguien pueda afirmar que sabe algo del mundo es necesario que al menos, en algún momento, haya sido consciente de que dormía. Descartes afirma que ha sido engañado por los sueños, para poder afirmar esto debe también haber estado despierto en algún momento. Si poder diferenciar entre sueño y vigilia es condición para que el conocimiento se dé, como dice Descartes, sería imposible que alguien alguna vez adquiriera conocimientos, pues no podría saber cuándo está despierto y cuándo no. La segunda cuestión es si Descartes tiene razón al afirmar que una condición para aprender algo del mundo es estar seguros de que no estamos soñando y afirma que sí, pues si estuviésemos soñando y “percibimos”, en realidad no estaríamos percibiendo, sino soñando que percibimos, por lo tanto, el conocimiento que se derive de esta percepción sería falso, no sería conocimiento, sino un simple sueño.



Bernard Williams aclara que es un error decir que Descartes basa el *Método* o sus aplicaciones en lo que se refiere a contingencia, más bien, Descartes está interesado en la corregibilidad. Esta transición se da al notar los errores en los que podemos caer a través de las percepciones. Él sabe que ha errado al creer que ciertas cosas que bajo ciertas circunstancias le parecían de manera diferente a lo que en realidad eran dependiendo de las condiciones en las que se encontraba (falta de luz, enfermedad, distancia), pero ahora que es consciente de ello, se encuentra alerta y cree que no volverá a caer en estos errores, sin embargo, se da cuenta de que el sueño no permite estar alerta pues es un estado envolvente. Algo importante que Williams menciona es que la duda del sueño puede ser generalizada, mientras que los demás tipos de duda eran aplicados especialmente a clases de objetos o condiciones particulares, lo peculiar de esta duda es que no se presta a errores comunes de percepción, sino que cualquier percepción puede sentirse igual en los sueños. El sueño es un estado tan convincente que ni siquiera el que afirmemos que en este momento estamos despiertos y no soñando es garantía de que sea así, por lo tanto, es imposible elegir alguna situación en la que en realidad estemos despiertos.

La *posibilidad epistémica* es la posibilidad relativa a lo que cada uno sabe, es el poder emitir juicios en base a los conocimientos que se poseen. Es decir, aquellos de los que se tiene total certeza. Descartes afirma que es epistémicamente posible que todos los juicios perceptivos sean erróneos, inclusive que el mismo mundo sea falso.

"... un hombre que creyera que algunas, pero no todas, de sus creencias perceptivas estaban equivocadas, que no supiese cuáles estaban y cuáles no,



y qué se basara en la estrategia de no aceptar ninguna de ellas, sería un hombre que estaría adoptando, de hecho, ciertas valoraciones: otorgaría gran disvalor al error, y preferiría no tener creencias a tenerlas falsas. Como postura en la vida cotidiana, esto sería totalmente absurdo, [...] Pero como postura del Investigador Puro no es absurdo sino que sigue directamente de la naturaleza del proyecto" (Williams, 1996, pág. 69).

Descartes no sólo pretende tratar cada juicio perceptivo por sí solo, sino que considera la hipótesis de que todas las percepciones pueden ser falsas, esto es en realidad un paso más que da Descartes, es el último argumento escéptico, el argumento del "genio maligno".

En todo sujeto existe la idea innata de Dios, aquel que ha creado al hombre de la forma en la que él es. Para Descartes resulta inconcebible que Dios sea el encargado de hacer errar al hombre, pues de él se dice que es sumamente bondadoso, así que cree que debe existir alguien más que sea responsable de hacer caer al hombre en constantes errores, entonces concibe la idea del genio maligno. Para Descartes, este genio maligno es quien lo hace errar y creer sueños y percepciones como verdaderas, y es también quien hace que decida no fiarse de nada. Descartes se muestra totalmente incrédulo ante las sensaciones; ya no confía ni en las cosas de la naturaleza, ni en que su cuerpo existe. A partir de ésta postura escéptica Descartes llega a aceptar la idea de que nunca han existido sus sentidos, ni Dios, pues puede ser él mismo quien ha implantado en sí la idea de la existencia de éste genio. De esta forma, llega a la conclusión de que lo único de lo que no puede dudar es de su propia existencia; este es el final de la dialéctica escéptica cartesiana.



La ficción del "genio maligno" es un recurso para combatir toda la fuerza psicológica que tienen los prejuicios cotidianos, y ayuda a llegar a las razones necesarias para librarnos de estos mismos. El modelo que usa Descartes para describir el genio maligno es un ser que actúa de forma sistemática e intencionada en pro de frustrar la investigación humana y el deseo por descubrir la verdad. En este punto la duda se extiende a todo, inclusive a Dios y al pasado, a su propio cuerpo. Ahora duda de ellos globalmente. En este punto la duda hiperbólica puede verse en su máxima expresión. Anteriormente todos los casos de error implicaban el uso de algunas percepciones para corregir otras (ver una torre cuadrada cuando en realidad es redonda). Esto se aplica de igual manera a la duda del sueño, en este caso las percepciones que se tienen durante el sueño se relacionan con percepciones tenidas en algún momento previo.

Ahora Descartes se encuentra totalmente incrédulo de todo y piensa:

[...] ¿Soy por lo tanto, algo? Pero he negado que yo tenga algún sentido o algún cuerpo; dudo, sin embargo, porque ¿qué soy en ese caso? [...] Me he persuadido, empero, de que no existe nada en el mundo, ni cielo, ni tierra, ni mente ni cuerpo; ¿no significa esto, en resumen, que yo no existo? Ciertamente existía si me persuadí de algo [...] (Descartes, 1999, pág. 35).

Descartes construye la idea del "yo" basándose en que si el "yo" no existiera no podría desconfiar, ni razonar, ni pensar en Dios o en el genio maligno y dice: "Se ha de concluir que siempre que digo "yo soy, yo existo" o lo concibo en mi mente, necesariamente ha de ser verdad" (Descartes, 1999, págs. 35, 36).

Para descubrir qué es el "yo" Descartes se remonta a lo que creía ser antes de descubrir que todo lo que él creía que eran conocimientos solamente eran



percepciones engañosas. Entra en un pequeño conflicto al no saber a qué atribuir las cosas que atribuía al cuerpo y al alma, mas se da cuenta de que mientras siga pensando no va a dejar de existir.

[...] el pensamiento existe y no puede serme arrebatado, yo soy, yo existo: es manifiesto. Pero ¿por cuánto tiempo? Sin duda, en tanto que pienso, puesto que aún podría suceder si dejase de pensar, que dejase yo de existir en absoluto [...] (Descartes, 1999, pág. 37).

Como es posible observar, cada nueva objeción supera a la anterior inmediata hasta llegar a la concepción del “yo”, éste “yo pienso” del que nadie me puede hacer dudar. A partir del ser consciente del “yo”, la respuesta a “¿Qué soy?” llega: “Una cosa que piensa [...] Una cosa que duda, que conoce, que afirma, que niega, que quiere, que rechaza, y que imagina y siente” (Descartes, 1999, pág. 37).

Ahora que Descartes está seguro de que es algo se da cuenta también de que no puede prescindir del mundo físico, y concluye que aprehendemos con los ojos y no solamente con la razón. Descartes llama al “yo pienso”, a la consciencia de sí, *res cogitans*, y al cuerpo en el que ésta se encuentra, *res extensa*. La *res cogitans* es la capacidad de razonar y pensar, mientras que la *res extensa* se encarga de percibir todo lo perteneciente al mundo físico.

Para Williams las preguntas en la investigación podrían ser ¿qué es verdadero? o ¿qué se conoce? Descartes termina la Duda como una situación propia y radical, dentro de sus ideas, en búsqueda de un camino para salir de ellas, pues todo conocimiento está mediado por ideas que se encuentran en uno mismo.

[...] la naturaleza de la investigación parece dar importancia a un elemento de primera persona. [...] Dado que la Investigación Pura busca maximizar la



ratio de verdad entre las creencias de alguien mediante la búsqueda [...] de un método de adquirir creencias que produzca sin ninguna excepción la verdad, ello implica la reflexión crítica no sólo sobre el contenido de las propias creencias, sino también sobre los métodos con los que se cuenta para adquirirlas. (Williams, 1996, pág. 87).

Ahora Bernard W. menciona una nueva interrogante: ¿qué puedo saber yo que es el caso? Esta cuestión ya menciona al sujeto, y no sólo implica reflexionar sobre el mundo, sino sobre las experiencias que se tienen de él. De este modo el que la investigación sea en primera persona parece implícito desde el comienzo, y lo está por la reflexión y crítica sobre sí misma.

Williams dice que esta búsqueda también puede ser aplicada a la primera persona del plural pues las representaciones son colectivas, y son compartidas por individuos pertenecientes a la misma sociedad o grupo cultural. El “*nosotros* conocemos” puede ser una suma de lo que cada uno conoce. La autocrítica se ve influenciada por otros *yoes*.

Conclusión

Sin duda alguna, en su momento las *Meditaciones Metafísicas* causaron gran controversia e innovación, puesto que nunca antes alguien había utilizado como Descartes el escepticismo, y no hay que restarle mérito por esto. Descartes argumenta bien que si alguien no puede saber si está dormido o despierto tampoco puede estar seguro de que las percepciones que tenga son reales, y por lo tanto, no es posible adquirir conocimientos a partir de ellas, mas resulta imposible a mi vista el hecho de que cualquier ser humano no pueda discernir entre el sueño y la



vigilia. Esta obra fue escrita hace casi cuatrocientos años, y en aquel momento no existían los avances científicos que ahora existen, ni la documentación y difusión de algunos casos era tan efectiva como ahora lo es. El único caso del que se tienen registros científicos de algo similar a la incapacidad de poder diferenciar la realidad de los sueños son las alucinaciones hipnopómpicas, y Oliver Sacks dice de ellas lo siguiente en su libro *Alucinaciones*:

A menudo se ven con los ojos abiertos, [...] se proyectan al espacio externo y parecen ser totalmente sólidas y reales [...] Mientras que en los sueños tenemos las experiencias más fantásticas y surrealistas, las aceptamos porque están rodeadas de nuestra conciencia onírica y no existe ninguna conciencia crítica fuera de ella [...] Las alucinaciones, por el contrario, nos sorprenden y suelen recordarse con gran detalle. (Sacks, 2013, págs. 221, 223).

Es importante tomar en cuenta el comentario que Bernard Williams hace sobre las representaciones colectivas que se tienen sobre el mundo, pues como humanos, somos seres sociables y nuestras experiencias se ven influenciadas por la gente que nos rodea. Los nombres de los objetos, de las sensaciones, son palabras que nos han enseñado y dependiendo de la sociedad en la que nos encontremos vemos de diferente forma algunas cosas, tenemos opiniones diferentes en cuanto a un mismo suceso y le damos sentido dependiendo de los contextos que hayamos absorbido de la sociedad en la que nos desarrollamos. Al conocer las experiencias que otros humanos han tenido con ciertas sensaciones podemos nosotros construir una visión y criterio personal del mundo, y enjuiciarlo a partir de nuestra propia construcción.



No es casualidad que este método sea tan famoso, aunque para la mayoría las propuestas de Descartes sean poco convincentes (como aquella que afirma que hemos de renunciar a los sentidos y a todo aquello que estos nos proporcionan), pues parece sensato analizar si verdaderamente todos los enunciados que asumimos como verdaderos lo sean, o son sólo cosas que aceptamos tal como nos las dan, sin prestar mayor importancia a aquello.

BIBLIOGRAFÍA

Descartes, R. (1999). *Meditaciones Metafísicas*. (C. Bergés, Trad.) España: Folio.

Sacks, O. (2013). *Alucinaciones*. (D. Alou, Trad.) México: Anagrama.

Stroud, B. (1990). *El Escepticismo Filosófico y Su Significación*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Williams, B. (1996). *El proyecto de la investigación pura: Descartes*.